

**Alberto
JIMÉNEZ
URE**

MALEFICIO

(1986)

Google



<https://g.co/kgs/o6tjZZ>

<https://twitter.com/jurescritor>

<https://es-la.facebook.com/jimenezure>

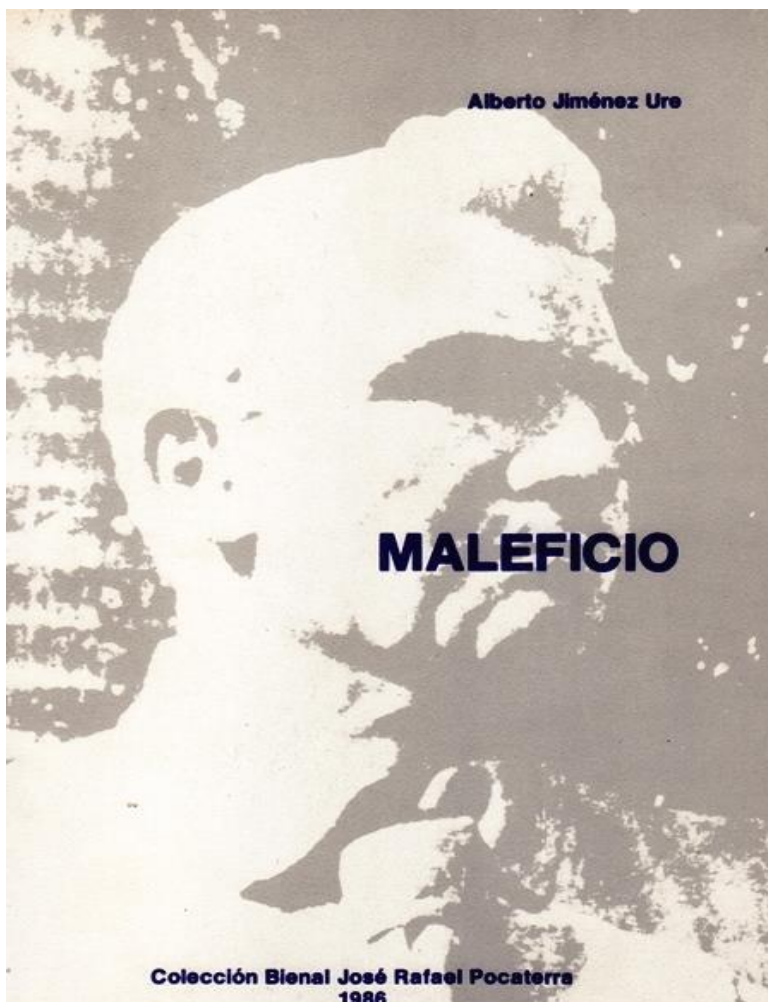
Alberto
JIMÉNEZ

URE

MALEFICIO

(1986)





Portada original de *Maleficio*,
Edición de la Gobernación del Estado
Carabobo (Venezuela) 1986.

«Parto»

La noche del viernes -cuando bebía vino en su estudio- Román oyó quejidos. Provenían de la habitación principal: ahí, dos horas antes, había dejado a su esposa. Varias lagartijas recorrían las paredes y la biblioteca. El reproductor de música difundía *Let it Be* (Beatles).

A través de una ventanilla barroca, vio el bosque de pino. Regresó al recinto matrimonial, miró el abultado vientre de Alicia e interrogó:

-¿Es el momento?

-No sé, querido -sin levantarse de la cama, replicó ella.

-Cambia tu vestido. Iremos a la *Clínica Maternidad*.

En pocos minutos, ambos estuvieron listos. Luego, el hombre ayudaba a su mujer a caminar. En el garaje, una docena de gatos dormía encima del automóvil (*Volvo*,

1985). Abrió el portón (pintadas de gris, rejas de acero inoxidable) y, sin darse cuenta, se halló en el interior del carro. Con ansiedad y en velocidad neutral, aceleró.

Arrancó. Segundos después, se detuvo y retrocedió hasta su casa. Su compañera lo escrutó e indagó:

-¿Olvidaste algo?

-Sí -parco, respondió su cónyuge.

-¿Puedes decirme qué cosa?

Intentó (mentir) *hablar*. Sin embargo, descendió y corrió hacia la vivienda. Más tarde, salió aferrado a un maletín negro (forjado con *cuero de chivo*). Pájaros nocturnos sobrevolaban el poste del alumbrado frontal hacia su casa, escupían el bombillo y escapaban.

Por fin, partió. Las luces del vehículo fallaban. A causa de los fortísimos dolores, la mujer lloró.

-Ten paciencia -la consolaba Román-. Pronto llegaremos. Todo sucederá perfectamente.

Ya calmada, la chica quiso abrir el maletín de su marido. Empero, él lo impidió separándole la mano con la suya.

-¿Qué ocurre? -consternada, lo inquirió.

-Silencio: *allá está tu paz* -evadió su interlocutor.

-Explícate...

Una vez más, Román ayudó a su pareja a deambular. En la recepción, una enfermera trajo una camilla. La pulcritud del local era excesiva. La subieron e introdujeron a la sala de partos. Sentado en una butaca, el futuro padre esperaba.

De improviso, surgieron tres *aves* (al parecer, las mismas de la víspera). Le orinaron la cabeza y escaparon. A carcajadas, los espectadores reían. Sin

soltar el maletín, Román secó su rostro con un pañuelo. Ante la actitud severa del infortunado, la gente cortó la risa.

El *obstetra* apresuró sus movimientos. Pidió un *instrumentista*, un *anestesiólogo*, dos *enfermeras* y un *médico auxiliar*. Se preparaba contra una probable complicación. Los signos de la paciente no eran buenos. Anexo a la *Sala de Partos*, estaba disponible un súper equipado *quirófano*.

No fue necesario operar. Con las piernas estiradas, Alicia gritó y una criatura asomó su nariz por entre los labios vulvares. Después la cabeza. Abruptamente y sin un esterilizado traje, Román apareció en el lugar. Padre e hijo cruzaron hostiles miradas. El pequeño, quien no terminaba de nacer, sacó de la recién rota placenta una enorme *daga* (de *bronce* y casera elaboración). Por su parte, Román extrajo de su maletín una filosa *hachuela*. Al unísono, gritaron y sus cabezas cayeron simultáneamente al piso.

«La nada, el escultor y la ablución»

La Nada, argumento filosófico tan antiguo y enigmático cual el *Hombre*, surge de lo perceptible. La juzgamos cosa ninguna porque, sin reparos, su índole enfrenta al concepto tradicional de *existencia*. Pese a ello, postulamos definiciones de cuanto no tiene registro. Estamos forjados bajo la ilusión del *Lícito Juicio*, la *Conjetura Inteligible* y el *Procedimiento Científico*. En virtud de lo expuesto, nació la siguiente historia:

-Con sus encallecidas manos, El Escultor tallaba una figura humana. Su ingenio daba vida a una nariz perfilada, discretos pómulos, entristecidos ojos. Los redondos y menudos hombros prolongaban un cuello poblado de gruesas venas.

Jamás informe, el volumen ocupaba una parcela del espacio vacío e infinito. La Nada, El Escultor y La Ablución implícitos

en el *Acto Creador*; la luz del Astro Mayor, un ámbito imaginable y mortal, se materializaron en el taller.

-Soy Dios -para sí mismo, proclamó el artista.

En ese siglo, quien poseyó dones divinos fue -rápidamente- enjuiciado: expuesto al desprecio público, fustigado y oculto en el subsuelo terrestre.

-Dicté mi volición -mientras lloraba, proseguía el solitario individuo-. En mi propio nombre, te concibo. Que el *Libro de la Posteridad* (no el *Eclesiastés*) guarde tu nueva circunstancia.

Súbitamente, El Escultor sintió que algo mojaba su pecho y vientre. Con ambas manos, apretó el estilizado cuello del Mozo Inamovible: cuyo erguido miembro -en oblicua posición- disparaba chorros de orine hacia él.

«Cubo de Cristal»

Tras un amplio mostrador, en uno de los parajes turísticos de la *Avenida Principal*, Rufino vio un cubo en venta. Adherido a uno de sus lados, un papel explicaba sus funciones. Con letras mecanográficas, ahí estaba escrito lo siguiente: «*A través de las paredes de este cubo de cristal, conozca su futuro*».

Presa de la curiosidad, Rufino introdujo su mano izquierda en el correspondiente bolsillo de su pantalón y palpó. Rápido, sacó todas sus *tortugas de plata*. Contó cincuenta y cinco. Igual, extrajo su billetera y completó la suma requerida.

En el almacén, un altísimo hombre lo atendió. Por causa de la mediana estatura de Rufino, el (quizá) *propietario* dobló excesivamente su columna vertebral para ejecutar la reverencia de los *serviles*. Le traquearon algunos cartílagos cuando interrogó:

-¿Desea algo, Señor?

-Quiero el cubo de cristal -parco, respondió el comprador.

Súbitamente, el alto y *quijotesco* vendedor ordenó a su esposa que le buscara la pieza. Sumisa, la mujer corrió hacia el mostrador. Después, regresó y puso en manos del cliente el objeto.

La calle está repleta de transeúntes, automotores y animales realengos. A paso de ebrio, nuestro protagonista camina sin rumbo preciso. No puede ocultar su alegría por la rara adquisición.

-«*Al fin [pensaba] seré consciente de mi devenir*»

Se detuvo en la *Plaza Abril* y sentó su *Ser Físico* al borde de la estatua del Prócer Cobarde (honor al general que, ante el *Decreto de Guerra a Muerte* dictado por El Libertador, fundió su sable y desertó

incitado por una hermosa dama). Acomodó el cubo de cristal y, sin pestañear, lo miró fijamente. Pronto, surgió la imagen de un gorila. El monstruoso animal, enfurecido, blandía un *machete*. Rufino se aterró. En un maletín de piel, similar al usado por los médicos, guardó el invento y prosiguió su camino.

Durante varios meses, el objeto mostró la misma imagen a Rufino quien (obstinado) continuó escrutándolo inútilmente hasta cumplir el año de posesión.

Presa de la ira, una calurosa tarde lanzó el aparato desde el balcón de su apartamento (noveno piso). Milagrosamente, el frágil cubo no reventaría al caer encima de un automóvil abajo estacionado. Rebotó y produjo un fortísimo estrépito al caer sobre el pavimento.

Días más tarde, recibió un telegrama de su progenitora. Textualmente, le anunciaba: «*Iremos de vacaciones a Ciudad Ferrosa. Espéranos en el aeropuerto. Me*

acompañarán tus hermanitas. Estaré contigo a las diez horas, mañana sábado»

Priscila y Nuriamarina, sus hermanitas, se empeñaron en visitar el *Zoológico de Aries* (situado al norte de la capital). Por otra parte, su madre le rogó que la llevase a *La Catedral*.

-Primero, vamos al zoológico -ordenó la Señora.

El vehículo se desplazaba sin tropiezos. Empero, Rufino parecía nervioso. Su garganta secó, su cuerpo temblaba y un frío extraterrestre fustigaba sus huesos. Muy cerca, rabioso, un *antropomorfo* empujaba a un obrero que cortaba el monte con un *machete*. Logró quitarle la filosa arma y amenazó a los turistas.

-¿Que te sucede, hijo? -le preguntó Doña María al verlo ensimismado.

Rufino la miró, reaccionó y pronunció:

-Nada. Me distraje, perdóname.

Numerosos *reptiles* cruzaban la carretera. En ocasiones, los conductores los mataban con las llantas. Al fin, llegaron. Todavía intranquilo, Rufino llevó a sus acompañantes al lugar de los felinos. Con fervor, sus hermanas fotografiaban a los encarcelados mamíferos.

Repentinamente, apareció el gorila. Levantó el *machete* a la altura de su cabezota y embistió contra Rufino que, dominado por el pánico, huyó.

En curso de una semana, Rufino estuvo extraviado. Al recuperarse psíquicamente, retornó al apartamento. Sus familiares le explicaron cómo los gendarmes sometieron y arrestaron al tipejo que se disfrazaba de gorila.

-Es un individuo altísimo, de aspecto *quijotesco* -relataba su madre.

«Asesino»

En el curso de la mañana, Estigio deseó ejecutarse: a su juicio, la rutina lo separaba de una *existencia auténtica*. Hasta ese día, su rectitud forjaba a un individuo apacible y cortés. *Tú*, lector, y *yo*, que *narro*, sabemos cuánto la *Historia* registró sobre lo expuesto. *El aburrimiento es decadencia, la aventura renovación de pasiones y el desacato un noble principio*. Estigio igual lo razonó: por ello, la detonación se produjo.

El arma, de fabricación casera, ferrada en inusitado proceso, cachea de *oro* y gatillo de *rubí*, expelió humo. Un suave movimiento de mano, un instante purpúreo, la luz encima de la pistola y el presagio en la mirada. El ruido: seco, *indivisible*, exacto, ajustado a la contingencia.

Violentamente, Estigio cayó. Hubo alarma. Todavía el *Aerómetro* no aparcaba en la *Estación Valle Grande*. Un minuto después, el vehículo se detuvo; apresuradas, varias

personas lo trasladaron a la *Clínica del Boulevard*. Los gendarmes custodiaron al infortunado e interrogaron a los testigos.

Estigio se salvó de una intervención quirúrgica (la herida fue poco profunda). Le aplicaron las curas correspondientes: «inyecciones antibióticas», «esterilización de la zona» y «vendajes».

Antaño sosegado, su rostro se volvió rígido: y ninguno imaginó las probables secuelas del fallido acto. Dentaduras flotantes, postizas, sonrían en el iluminado y blanco habitáculo. El paciente penetra *lo revés* de un sueño iniciado con un ruido seco, indivisible, exacto, ajustado a los hechos.

No preciso la suma de *presentes perpetuos*. El hombre, ya vestido, fortalecido, lúcido, cejas altivas y cabellos en orden, traspasó el umbral de la *Clínica del Boulevard* y retomó la calle: una libertad de concreto, smog, indiferentes peatones y escándalos. Si Dios lo ayudó y quiso que viviera, pronto arrepentirá. La razón: Estigio nació en

Paraíso de Rufianes. Contra él, los dictámenes no procederían lícitamente.

Mi personaje comenzó a vivir presa de la rabia. Una máscara adherible a la piel de la cara, un peluquín verduzco, zapatos de goma y la pistola precedían los súbitos y breves llantos. Con una extraordinaria superficialidad, los noticieros apodaron «psicópata enmascarado» a un fantasma surgido de las penumbras. La única pista en los lugares inspeccionados: «*Cada ente es su propio asesino, verdugo y juez. Cada víctima uno de los dobles de su agresor*». Quizá epitafio, no sé. *El alba me apodera oculto en el disfraz.*

«Quirófano»

[PREFACIO]

Así como todo *quirófano* tiene una sala de espera, ninguna operación se ejecuta sin una atmósfera previa de «pánico». Entonces, el tiempo no le es indiferente a un sujeto víctima de la impotencia. Por lo contrario, lo siente transcurrir a la velocidad de la tortuga. Al cambio de las cosas, he aceptado, amigo lector, mi inconmensurable ignorancia. Lo digo porque, cuando este *prefacio* ascendió a mi conciencia, a mi razón, jamás había imaginado presenciaria y compartiría la impotencia de un paciente sometido a la anestesia.

I

La primera semana del mes de Junio de 1982, un domingo, a las ocho horas, Carla

fue introducida al *quirófano*. Yo me sentía tranquilo, imperturbable, convencido de que la *intervención quirúrgica* sería un éxito. Ya mi apreciadísimo amigo, el Doctor Philips, se ha trajeado para *intervenirla* (con un mono verde, ancho y esterilizado).

-*Carlita está nerviosa* -murmuró, sonreído, el cirujano mientras secaba sus manos en la sala de espera-. *Le teme a la anestesia; ja, ja, je [...]* *Las operaciones en las parótidas son sencillas.*

II

Me contagió aquella franca carcajada. Philips penetró, nuevamente, al *quirófano*. Me di la tarea de leer los periódicos. El frío me molestaba. Escruté las plántulas que daban un hermoso aspecto, casi *supranormal*, al finito y frontal patio. Miré al cielo. Las golondrinas retozaban en el firmamento. Respiré hondo, quizá en extremo, como lo hacen los *asmáticos*.

Doblé el matutino. Recordé cuánto detesto las verdades matemáticas evidentes. Cada minuto era un *axioma*, una de esas realidades aritméticamente infalibles: *sin zapatos, mis pies miden 48 centímetros*. Y, con ellos, sin darme cuenta, recorrí la distancia entre el banquillo de la sala de espera y el mencionado patio delantero.

III

Pensé que la intervención terminaría pronto y, gracias a la benevolencia de Dios, volvería junto a Carla. Pero, me equivoqué. Más tarde, el reloj me anunció la hora y cuarenta minutos de *operación*. Repentinamente, la enfermera salió y (sin quitarse la mascarilla) me inquirió:

-¿Eres Alberto, cierto?

-Sí -respondí sorprendido.

-El Doctor Philips desea verte en el *quirófano*.

Me llevó hacia una habitación contigua al *quirófano* donde, aparte de dos estantes llenos de frascos, sólo vi *trajes esterilizados* y *mascarillas*. Me puse uno de ellos e irrumpí a la sala. La instrumentista me saludó con un movimiento de cabeza. El anestesiólogo me miró inexpresivo. Philips ordenó que me aproximara. Carla respiraba profundo, muy *profundo*. Nunca la vi tan indefensa, tan impotente, atrapada, con una *máscara de oxígeno* en una estrecha cama. Tuve la sensación de percibir a un ser ajeno a mi mundo. Empero, simultáneamente, padecí la misma impotencia que inspiraba su cuerpo ante el cirujano.

-Este es el nervio facial -me indicó el médico, con rostro severo-. Observa: le raspé bastante la zona afectada por los tumorcitos, cinco en total, y le extraje la parótida completa.

De súbito, apareció un enorme *murciélago* vestido de plomo. El Doctor Philips, el

anestesiólogo, la enfermera y la instrumentista parecían estar en *trance hipnótico*. Eran estatuas. Yo desafié al pajarraco extraterrestre. Como lo he declarado otras veces, *me placen infinitamente los duelos*. Por tal causa, sentí una dureza física superior a la del *diamante*, al *acero*, al *adjetivo invulnerable*. El ave, cuyas alas medían un metro cada una, me abrazó enfurecido. Nos envilecimos en una ardua lucha a muerte.

Cuerpo a cuerpo, el combate se prolongó durante diez o más minutos. Mi enemigo se fundió transformándose en un trozo de carne con cinco tumorcitos: sin duda, inocuos. Philips despertó del *trance* y me dijo:

-¿Te das cuenta? *No volverán a reproducirse...*

-Comparto su opinión, Doctor -repliqué maravillado.

Enrarecido, el ambiente se *sobre iluminó*. El Doctor procedió a suturar la herida. Ejecuté varios pasos hacia la salida. Me detuve en el cuarto de los *trajes esterilizados*. Me quité el que me ocultaba. Salí. Afuera, erguida, Carla me esperaba. Con mirada apacible, me preguntó:

-¿*Se recuperará el murciélago?*

«Maldiciones»

El destino de un hombre puede estar sujeto al dictamen arbitrario de un juez, al accidente o capricho de un escritor (caso personaje de fábula). Asimismo, la ignorancia en la cual viven algunos portadores de *gemas* les impide sospechar de ellas como causales de tragedias. Me contó José Paparoni Cortázar (naturalista nacido en Valencia, viejo amigo de mis padres) que renunció a los *zafiros* y *esmeraldas* de su progenitor recién fallecido porque habían provocado inexplicables muertes en su familia.

Discierno: Paparoni Cortázar se educó en Venezuela, país donde pululan los mitos. En tal sentido, se sabe que aún sus más cultos habitantes tratan las enfermedades psíquicas y físicas con brujos (quienes, absurdamente, niegan la medicina científica denominándola «insurrecta curación»). Sin embargo, distintos doctos prodigan la esperanza de eliminar a tales saboteadores

de la «dignidad académica» incipiente en la nación. Mediante los múltiples diarios y televisoras, mantienen un lícito y constante hostigamiento a los *metapsíquicos*. Se rumorea que los mitos (latino) americanos se han infiltrado en el pensamiento filosófico europeo, hasta corromperlo.

Mientras José realizaba los trámites para donar las piedras a una institución de lisiados, yo investigaba en su diario (lo hurté la tarde del sepelio del anciano Paparoni Bartolomé) acontecimientos íntimos de sus consanguíneos. Fatigué mi tiempo. En todas las páginas, leí un suceso obsesivo: «*Nací en 1952. Soy una idea de organismo viviente*». Recuerdo, una vez le pregunté a mi compañero: ¿Realmente, *existes fuera de mis sentidos?* Me explicó: «*Es imaginaria la existencia de los hombres y real la idea que los forja materia*»

Lo admito: si hubiese sido mayor mi amistad con él, todavía las *gemas* le

pertenecerían. Pude persuadirlo, aun cuando su hostilidad hacia ellas me volvió vulnerable al mito erigido por sus antepasados. Me dejé conducir por ciertos preceptos del ateísmo y no les temí.

Dentro del acuario, en la residencia de Paparoni Cortázar, las piedras yacían sobreprotegidas por los peces. Posterior al anuncio que formuló de donarlas, soñé ambientes rojísimos.

-Me gustan tus *gemas* -le confesé el día anterior a su declaración periodística.

-A riesgo de perder la vida, ¿deseas una esmeralda? -me interrogó.

-No la rechazaría.

-¿Aceptarías una?

-¿No donarás todo?

-No especifiqué la cantidad. Te daré una.

Me regaló una magnífica pieza. Era (quizá) demasiado grande. Una sensación de estupor me asaltó cuando comprendí que

podía hacer con ella lo indicado por mi antojo. Consulté a otro amigo (Mohamé, pintor, filatelista y propietario de joyas) respecto a su valor. Dijo:

-Es virtud y desdicha poseer una piedra como la tuya. ¿Has visto mi brazo izquierdo?

-Nunca -reliqué.

-Apriétalo, ¡vamos!

Medité y concluí que fue coincidencia la pérdida de su brazo con la adquisición de sus rubíes. Empero, después me sorprendió la súbita muerte de mi gata. El veterinario la examinó y -me aseguró- no halló razones para su deceso. Igual, mis pájaros: sin motivos perceptibles, dejaron de respirar. Las plántulas de mi jardín secaron y fui asediado por algo impalpable.

Estudí -a fondo- el asunto de las gemas. Supe, las tragedias comenzaron cuando Gustavonovof Paparoni y Cos (bisabuelo de José) visitó la sala de disección de la

Facultad de Medicina de la *Universidad de los Andes* (Venezuela). Acompañaba a su mujer a laboratorios de química, lugar donde recibía -por deficiencias de aulas-clases de *Práctica y Teoría Forense*.

A partir de aquél momento, conmocionado, cada madrugada ulterior Gustavonovof acudió al *anfiteatro*. En una carta enviada a Chile y destinada a su madre, escribió un breve testimonio de asombro:

«Madre: he contemplado los cadáveres de la Facultad de Medicina. Entiendo, están absolutamente muertos. En ellos la eternidad es un privilegio: se comenta que para siempre permanecerán inamovibles»

Una noche lluviosa penetró al recinto. Nervioso, de su impermeable extrajo un pico de cuarzo; alzó el arma, gritó y ejecutó un golpe sobre el pecho del cadáver. Insistió. El tercer impacto abrió el cuerpo y Custavonovof entrevió, alrededor del

corazón, decenas de rubíes, zafiros y esmeraldas.

Paparoni y Cos abandonó a su esposa, recorrió varios países y luego expiró víctima de una equivocación: lo confundieron con él, en *Río de Janeiro*, y lo ajusticiaron.

«Llanto de caballos»

A mi parecer, mediante la *ira* nada se transforma y todo se impone: porque la quietud, como la benevolencia, es una de las formas de la *sabiduría* y *justicia*. Aun cuando no del mismo modo, lo he proclamado en otros relatos.

Puesto que amo a los animales, especialmente a los gatos, le contaré un episodio real (de mi infancia) e infinitamente atroz. Sabrá Ud., venerable señor, juzgar y elaborar un dictamen inteligible [...]

«-Aconteció la tarde del 13 de Abril de 1952. Macedonio Jiménez Velásquez, mi padre, quien fue experto petrolero, invitó a un grupo de colegas a beber vino en la *Hacienda Poblado Púrpura* (entre ellos, capté a George Duncan, dueño de *Lago Rubí Company*, abaleado en el *Aeropuerto La Chinita* por mercenarios). Yo era un chico de nueve años que, silencioso,

deambulaba en derredor. Me acompañaba Demódoca, mi gata.

Mi reloj de bolsillo marcaba las dieciocho horas. Oculto tras un araguaney, con horror escuché a uno de los compañeros de mi progenitor sugerirle que matase a cualquiera de nuestros caballos. Teníamos treinta solípedos.

-La carne de caballo es deliciosa -dijo el miserable.

-I am hungry -correspondió Duncan-. Pretty idea...

Traté de intervenir. Mi madre apareció y me obligó a caminar hacia *La Cabaña*. Sin embargo, ayudado por los binoculares, vi al grupo llevarse los caballos al corral situado detrás de un muro de tierra (a quinientos metros del refugio). Mi corazón amenazó con reventar: Julieta, una de las yeguas, gris, de entristecidos ojos y sacro caminar, permanecía atada a una acacia junto a la mesa donde las vacías botellas de licor

emanaban destellos. Mi vista se nubló. Cerré los ojos y -al abrirlos- vi treinta diamantes suspendidos en el aire. Dos colibríes chocaron en el espacio, la luna menguaba y el cielo se percibía despejado.

Apenas minutos más tarde, el infando grupo resurgió. Las carcajadas retumbaban. Mi padre desenvainó el *magnun* que solía colocar bajo su axila izquierda (pistola forjada a su gusto, con cache de oro blanco y cañón de acero inoxidable). Quise soltar los binoculares y clausurar el ventanal de *La Cabaña*. Pero, de súbito, oí la detonación. Vomité. Mis piernas se pusieron rígidas. Experimenté estupor. Inamovible, observé cómo se desplomaba Julieta.

Cada atardecer, a partir de las dieciocho horas, durante tres meses, los caballos se reunían en la zona del incidente y lloraban durante aproximadamente una hora.

Al cambio de las cosas, cumplí quince años. El 13 de Abril de 1958, el cuerpo de mi padre fue hallado ahorcado en la acacia

donde Julieta murió. Casi intacto, en el pecho el cadáver ostentaba una perforación de bala. Por otra parte, la autopsia reveló que le faltaba el cerebro. Por primera vez en mi vida, la mañana de ese día interrumpí mi norma de ser vegetariano»

«Testigo»

Luego de una corta «luna de miel» en *Roma*, los recién casados retornaron a *Caracas*. Habitaron un modesto apartamento en Chacaíto, *Caracas*, y comenzaron una vida rutinaria. Antes del primer aniversario de bodas, después de una fortísima reyerta matrimonial, Aquiles abandonó el hogar y -durante mucho tiempo- Priscila no conoció información alguna respecto a su paradero.

Desanimada, la mujer decidió mudarse y empezar una nueva etapa. Dejó crecer sus cabellos, maquillaba exageradamente su rostro e ingresó a un enjambre de inquietos. Pese a que no necesitaba ejercer su profesión de abogada para subsistir, alquiló una oficina amoblada y fundó un bufete.

Al fin, cerca del *Museo de Arte Moderno*, halló una cómoda mansión y la compró. Casi a mitad de precio, vendió el «piso» de *Chacaíto* y se impuso la tarea de guardar

sus pertenencias en cajas de distintos tamaños. Presa de una inenarrable felicidad, embolsó sus óleos: libros, objetos decorativos y muebles. No permitió que la ayudasen. Con *paciencia* y *sapiencia* femeninas, acomodó su mundo en los recipientes de cartón.

Ya instalada en los alrededores del *Museo de Arte Moderno*, con idéntica calma y sabiduría, se dedicó a desempacar. Fue cuando, en una de las cajas, donde debía estar una licuadora, encontró una mano. Aterrada, la observó: absurdamente, sin haber sido disecada, permanecía intacta.

En el curso de la semana, se repitieron los hallazgos: trozos de piernas, rodillas, antebrazos, pies, pecho y cuello. Por tal causa, rogó a sus amistades que no la visitaran. Les dijo que estaba extenuada. Sólo deseaba armar aquellas partes humanas.

Sin dificultad, logró dar forma a un hombre de mediana estatura. La piel era blanca y delicada. Tenía pocos vellos en la zona

torácica y abundantes en los brazos. Su pánico aumentó al verlo erguido al frente, inmerso en un cilindro de vidrio que le había fabricado un joven fundidor.

-Ojalá que aparezca la cabeza -rogó a Dios- De ese modo, acabaría mi angustia [...]

Transcurridos los años. Se mantuvo libre y se volvió alegre. Con frecuencia, organizaba escandalosas fiestas en su residencia. Orgullosa, mostraba la decapitada figura a los asistentes que bromeaban y bebían licor cual desequilibrados.

Una mañana, el cartero sorprendió a Priscila. Le traía una misiva de su extraviado esposo, expedida desde *Houston* (E.E.U.U.) Escéptica, la leyó en breves líneas. Aquiles le anunciaba o advertía su regreso a *Venezuela*. Indicaba el día y la hora exacta de su llegada.

La pista del novísimo aeropuerto estaba húmeda. Aún llovía. Indiferentes al invierno, surgían aves: insectos, reptiles y peces. De una compañía aérea norteamericana, un avión gris aterrizó. Una multitud se agrupó en derredor de la nave. Priscila vio descender a varios pasajeros y, entre ellos, uno cuyo cuerpo se percibía (en extremo) rígido. Inquisitivo, Aquiles la escrutó y puso en funcionamiento su estructura mecánica. Un médico, una enfermera y un agente de la policía internacional lo sujetaban. Periodistas de diarios y televisoras de diferentes países los asediaban:

-Escuchad -declaró el famoso ortopedista-: por primera vez en el mundo, un hombre pudo sobrevivir a la decapitación mediante órganos artificiales. Empero, vino a reconocer a un asesino. Dejadlo en paz [...]

«Horóscopos»

Más de mil años antes del nacimiento de Cristo existió el creador del primer *horóscopo*. Los fenicios, grupo étnico al cual perteneció José Horoscopus, discutían bautizar el territorio de los españoles como *Hispania* (tierra de los conejos). Hoy, el arte de difundir mentirillas astrales está vigente.

El lector indagará la razón por la que inicio mi relato al modo de los ensayistas (es decir: bajo el dominio de la ceremonia y discutibles datos históricos). Despejaré la incógnita:

En el curso del mes de Enero de 1985, un psicólogo valenciano, muy joven y atormentado por la trágica muerte de sus padres, fue presa de los dictados de un hacedor de horóscopos: Alfredo Montenieves, quien, diariamente, publicaba sus mensajes en *El Aburrido* de Caracas (pese al curioso nombre, uno de los periódicos de mayor aceptación y

circulación en *Venezuela*). Mediante un cortísimo texto inserto en Capricornio, Montenieves le predijo: «*La mañana de hoy, evite salir de su residencia. Podría atropellarlo un vehículo. Tampoco llame por teléfono a su compañera. Cuide su negocio. Si medita, hallará soluciones a sus nuevos problemas*»

Para el estudioso de la conducta humana, tales predicciones no son asuntos distintos a supercherías. Por ello, Jacobo Reciengraduado (el afligido huérfano) no concedió importancia al horóscopo del día. Para colmar su nihilismo, había leído un relato titulado *Cubo de Cristal*, publicado en el prestigioso diario barquisimetano *El Susto*, donde su desalmado autor ridiculiza uno de los utensilios frecuentemente empleados por los clarividentes o mediums: *la esfera* (la parodia exigía la representación con el cuadrado perfecto) Quiso comprar alimentos y, sin temor, abandonó su casa. Para llegar al automercado sólo tenía que caminar dos

cuadras. Motivo por el cual se abstuvo de usar su carro. En la misma ruta, a unos diez metros, vio varias personas apedrear su consultorio. Rompieron los vidrios de espaciosos ventanales, perforaron la puerta principal de madera y mancharon las paredes de la fachada con pintura negra. Reciengraduado advirtió se trataba de sus pacientes:

-«¿Por qué destruyen mi oficina?»

-perplejo, se interrogó- ¿habrán perdido la cordura?

Cuando (exasperado) cruzó la calle para pedir ayuda a un vigilante del tránsito, fue golpeado por un coche que se desplazaba a velocidad prohibida. Abatido, calló sobre el pavimento de cobre y bronce. El funcionario lo recogió y, con un voluntario del famoso grupo internacional *Serviles Gratuitos*, lo envió al hospital.

Durante los días de reclusión médica, Jacobo reflexionó intensamente. Urdió un

plan para vengarse de Alfredo Montenieves. En préstamo, solicitó una máquina de escribir. Postrado, redactó:

*«Montenieves,
Hombre cobarde que,
A partir de los horóscopos,
Ha inducido cuanta maldad
A su espíritu satisface.*

*-Pájaro de malos presagios,
¡Fabrica el ataúd amarillo
Donde tu fiambre, al fin,
Será tu residencia!»*

Gracias a una amorosa enfermera, esposa de un periodista de *El Aburrido*, su poema fue aceptado en la redacción del matutino. En la edición siguiente, el Director le publicó su aparente *acertijo*.

Alfredo Montenieves introdujo una acusación penal contra Jacobo. En un documento de una cuartilla, alegó que el poema del psicólogo era una obvia

amenaza. El inculpado recibió un citatorio firmado por Luis Manuel Arbitro, un mediocre juez de «Primera Instancia». Por otra parte, en las páginas destinadas a sucesos criminales, *El Aburrido* promovió una polémica respecto al «Caso Reciengraduado».

La tentación de venganza dominó a Montenieves. No feliz todavía, escribió lo que sería su último horóscopo para *El Aburrido* y su propia confesión de culpabilidad frente al demandado. Con su habitual tono profético, el astrólogo expuso en *Capricornio*:

«Irretractable, hoy el juez ordenará tu penitencia. Por haberme amenazado, te condenará a la expoliación. Pagarás tus fechorías en la Cárcel de Puerto Vejamen»

El defensor del psicólogo, en un documento impreso por *El Aburrido* el mismo día de la sentencia, demostró los vicios del proceso y la violación de garantías constitucionales.

Empleó un sophisma: «*Si A (Montenieves) odia a B (Reciengraduado) y C (Arbitro) coincide con A, entonces A es igual a C. Por lo tanto, ninguna prueba de inocencia salvaría a Reciengraduado del presidio*»

El abogado de la defensa apeló ante la *Corte Superior de los Jueces*. La sentencia fue anulada, destituyeron a Luis Manuel Arbitro y -semanas después- otro magistrado (especialmente designado) ordenó la ejecución de Montenieves que, abrumado, leyó unas predicciones registradas en *Virgo* (su guía zodiacal) y firmadas por Jacobo. Transcribo:

*«Montenieves, hombre que,
En el horóscopo de un neófito,
Y en El Aburrido publicado,
Hoy su epitafio leyó».*

«Pascal, el mendigo»

En *Poblado Púrpura*, las calles eran de cemento, las edificaciones grises y la gente ruin. Algún alcohólico solía gritar blasfemias contra el prócer de la *Plaza Principal*, los artesanos inspiraban lástima y los profesores universitarios lucían sus nuevos automóviles europeos o americanos. En ese purgatorio, un mendigo, de aspecto espectral, apodado Pascal, siempre acudía a mí:

-Señor rico, Señor Bienvestido: ¿me regala una moneda de plata? -suplicaba.

Jamás perdí estupor cuando él, viéndome de pie frente al mostrador de la *Joyería Luxfero*, me rogaba compartiese mi fortuna económica. Cuánta virtud había en aquél

desdichado que, insistentemente, deseaba mi riqueza.

Sin rubor, agregó: tanto amor por el lucro mereció mi más profundo respeto. Pascal, el mendigo, sí: un hombre cuya única obsesión fue sentir la seguridad que otorga el dinero oculto en los bolsillos.

-Toma un cheque por cien tortugas de plata
-le repetía, en voz baja, aferrándome al bastón [...]

Cada noche, admiré al flaco y harapiento individuo que amaba de mí lo que más desprecié y necesité en la vida. Lo miraba partir con un cheque y yo, de nuevo, orinaba encima del vidrio y las rejas que resguardaban los rubíes de la *Joyería Luxfero*.

«La invención criminal»

Aquella mañana, advertí que uno de mis vecinos poseía un par de conejos en su jardín (vivía en la planta baja). Yo estudiaba a Hubert Reeves, su *Patience dans l'azur* (con sus reflexiones, el escritor tocó una de las teclas de mi cerebro. Recordé a Berkeley, su tesis según la cual *fuera de los sentidos ninguna cosa existe*). Súbitamente, el chillido de uno de los animalitos llamó mi atención. Asomé el rostro por una ventana y vi a Santiago Farías cuando intentaba asfixiar al roedor. Presa de la angustia, su esposa impidió la acción:

-¡Déjalo ya, mirserable! -exclamó la mujer-.

-¿No tienes piedad? Es tan pequeño e indefenso [...]

-Estúpida -sentenció su marido-. ¿Qué almorzaremos? ¿Acaso los compré para exhibirlos?

Con pocas palabras, Reeves (el astrofísico que leí minutos antes) me demostró soy (*anti*) parte. *Existo y no:* a velocidad incalculable, mi *materia* es capaz de multiplicarse (¿lo revés de la desintegración?). Empero, frente a mí dos personas discutían para decidir el destino de un mamífero.

-Está bien -concluyó Santiago-. Ganas. No lo mataré. Comeremos vegetales.

La joven señora se aferró al conejo y corrió. Atravesó el verduzco patio residencial y, entre las plántulas, se perdió hacia una distancia sin registro.

Quizá con alguna razón, en el edificio yo había sido juzgado como un petulante inquilino. Sin embargo, no planeé cambiar mi actitud. Deploraba a esos imbéciles que transitaban mi jurisdicción y obstaculizaban mi andar firme e irrevocable. Nunca bogueé por ellos y hasta los hubiese sepultado vivos.

Interrumpí mis lecturas. La víspera, por causa de los fortísimos gritos del señor Farías, numerosos loros pudieron salir de sus jaulas. Todavía asustados, tales pajarracos, escandalosos adornos burgueses, los a veces esclavos de brujos oficiosos, retornaron a sus hediondos cubículos. Salí de mi habitat y, apresurado, bajé las escaleras. El sudor humedecía mis pómulos, cuello y barbilla.

Más tarde, alcancé el piso 50. Me detuve y presencié una pelea a machete. Al chocar, las filosas armas producían música lunfarda. Otras ocasiones, el combate parecía depurar el ámbito mediante sonidos *suprafísicos* (similares a los creados por el grupo británico *Yes*). Entonces, observé a una dama *entranfe*. De nuevo, emprendí viaje y llegué al nivel 49. Escruté un *micromar*. Descendí aún más. En el 48, con un látigo forjado a base de fibra de zafiro, un gato fustigaba al perro del conserje. El castigo era severo, inagotable. El felino lo emplazaba de este modo: «¡Jura

que no volverás a a ladrarme cuando robe tu alimento!»

Sucesivas oportunidades, paré en distintos sitios. Experimentaba mi cuerpo convertido en neutrinos. Minutos después, toqué el timbre de Santiago.

-¿Qué quiere? intrigado, me preguntó Farías.

Irrumpí en el lugar y lo golpeé. Con fuerza excesiva, utilicé un tubo cilíndrico de *cobre* y le proferí varias fracturas en la cabeza. Víctima de una ira inimaginable, repetí la agresión.

Elegí el ascensor para subir. Pulcro y con música clásica, me produjo quietud. Trémulas, mis manchadas manos sostenían el objeto metálico. Al unísono, los loros emitían las estupideces aprendidas de sus dueños. En mi apartamento, cuidadosamente, limpié el tubo. Usé el telescopio portátil para mirar al patio de la familia Farías. Ante uno de los conejos, que

hábilmente se ocultó de Santiago, los hambrientos buitres culminaban mi tarea.

Transcurrieron las horas. Sin saber que era viuda, Ana María regresó a su hogar. Vio el semidevorado cadáver y, de inmediato, pidió auxilio. Los gendarmes no tardaron. Excepto yo, la totalidad de los inquilinos rumoraba respecto al suceso.

-Fue un abominable crimen -repetía un inspector-. Pero: ¿quién vio al asesino?

La noticia y el sol inundaban la ciudad. Los forenses partieron con el fiambre. Alguien mencionó mi nombre a los policías.

-Mi hija y yo, inspector, vimos al *Señor Solitario* con un tubo ensangrentado - explicaba mi vecino-. Salía del ascensor. Es un hombre muy sospechoso.

-Su apellido es Cebion -dilucidó el conserje-. Escribe para los diarios.

Durante la mañana siguiente, los expertos en homicidios allanaron mi recinto. El cilindro yacía encima de un promontorio de figuras geométricas. Formaba una escultura mixta (en madera de roble) junto a cubos y triángulos. Me llevaron a sus oficinas. Rechacé la asesoría de un abogado. Sin maltratarme, interrogaron:

-¿Dónde estaba y qué hacía Ud. la noche cuando fue asesinado Santiago Farías?

-A las nueve horas de ayer, bajaba las escaleras del edificio -con severidad en el rostro, contesté al inquisidor principal.

-¿Qué vio u oyó -insistió el más importante de los funcionarios sumariadores.

Con el fin de salir rápido de tan aburrido lugar, inventé un sospechoso. No fue difícil.

-«Escuché casi apagados lamentos. En la planta baja, vi correr a un tipo bastante obeso y calvo. Su bigote era negro y una

cicatriz surcaba su frente. Su mano derecha apretaba un bate de béisbol [...]»

El sumariador murmuró algo indescifrable al Comisario Jefe. Se levantaron de sus sillas y uno de ellos me ordenó salir. Penetré la calle y, sin rumbo, deambulé. La ciudad, embellecida, ostentaba una abundante vegetación al pie de las casas y los *superbloques*. Las aves cabalgaban sobre los lomos de las iguanas.

Al final de la *Calle de Los Idiotas*, donde un enjambre de mocosuelas atendía a una multitud de electores de autoridades nacionales, me tropecé con tres bípedos: uno de los cuales, esposado y de mirada indiferente, era idéntico a la invención que describí.

-Gracias a los datos que Ud. nos aportó, hallamos al culpable -me contó uno de los detectives-. ¿Lo ve?

-Profundamente, aborrezco a los forajidos -repliqué.

«Tribunal»

-«A partir del primer siglo de civilización -dijo, sin reparos, Estanislao al juez-, los tribunales sólo han servido para sostener y proteger los privilegios de grupúsculos y deportar o confinar a los económicamente infortunados [...].»

Un hombre, al cual una secretaria llamó «comisario», puso su dedo índice en un interruptor de pared y logró, al fin, encender la luz. No por ello la sala estuvo oscura: ligeramente, el sol volvía perceptibles a varios rostros signados por la fealdad.

-Cállate -enfurecido, sentenció el magistrado-. Hablarás sólo si yo lo permito. En este momento, tu futuro me pertenece.

El acusado bajó la cabeza y aceptó, transitoriamente, el vejamen del inquisidor. Sudaba; a su lado izquierdo, sentada y temblorosa, su cónyuge sollozaba. A la derecha, su abogado permanecía callado. Aun cuando el lugar difería de los fétidos calabozos, hedía.

-¡Atención, damas y caballeros! -alzó la voz el juez: el proceso ha comenzado. El fiscal del *Ministerio Público* sostiene que Estanislao Monegal Lapé, ciudadano de este país, *mayor de edad, casado y hábil*, asesinó a su propio padre durante la noche del pasado mes de Enero. A propósito del asunto, Emanuel Lacorte, fiscal especialmente designado para el caso por los *Apostoles del Bien*, trajo a dos de los cinco testigos presenciales. Tú, reo asqueroso, levántate: ¿cómo te declaras?! Desde todos los ángulos, el probable criminal mostraba la misma pronunciada nariz. Por otra parte, exageradamente, sus

pómulos abultaban su fachada de imbécil. Irguió su *Ser Físico* y confesó:

-No soy capaz de eliminar a ninguno; soy inocente, ¡lo juro!

Rápidamente, la secretaria mecanografiaba cuanto escuchaba y los curiosos respiraban agitados. Los custodias, uniformados con bragas verdes, sin sombreros y con botas negras, fumaban indiferentes. En vuelo desordenado, numerosos mosquitos producían zumbidos y el árbitro de la Ley reincidió:

-¿Cuál es tu versión de los hechos?

-«Aquel día, regresé a mi casa a las veintiún horas -afligido, expuso Estanislao-. Oí entrecortados lamentos. Corrí hacia la habitación matrimonial y vi, estupefacto, a mi progenitor encima de mi mujer: quien, desnuda y maniatada, lloraba. A su alrededor, cuatro personas lo aplaudían.

Enloquecido, con mis manos, ahorqué al violador. Luego, desaté a mi esposa y, cuidadosamente, juntos examinamos el cadáver: empero, no era mi padre [...]»

-¿Quién fue la víctima? -intrigado, preguntó el juez José Luis Maciano.

-Uno de mis hijos, Doctor -replicó el enjuiciado-. Y los espectadores, que Ud. igual califica como testigos presenciales, son mis descendientes. Pese a estar identificados con diferentes apellidos, lo son...

-Ahora bien: ¿dónde está tu padre?

-Frente a mí. Tampoco Ud. me reconoció ante el prefecto y, por tal causa, no luzco su ilustre apellido...

Ofendido, el magistrado suspendió las diligencias y ordenó a los soldados que se llevaran a Monegal Lapé. Alarmada, la gente se dispersó. La esposa del reo bufó y su defensor, un tipo de aspecto enfermizo, ciego y barbado, se desplazó ayudado por

un bastón. No había protestado al juez y ni siquiera mencionó una palabra. Uno de los gendarmes, en un gesto de solidaridad con Maciano, golpeó al acusado en la cabeza. Apenas sangró. La herida fue casi imperceptible.

En la calle, a través de la ventanilla de la *máquina de rodamiento* que lo llevaría de regreso a la cárcel, Estanislao captó al iracundo magistrado. A decir verdad, chocaron sus miradas. «Dios me perdone si me equivoco» -santiguándose, murmuró una señora a otra-. Halló parecidos al Dr. José Luis y al joven homicida [...]

-Les conviene dejar los chismes -las sorprendió y amenazó Maciano-. Respetad mi investidura.

Ocho meses más tarde, la víspera de las vacaciones judiciales, Monegal Lapé fue trasladado de nuevo al tribunal. Su inconmensurable tristeza atribuló a la

secretaria que, afablemente, le ofreció un cigarrillo:

-Fume Ud. -lo incitó-, Entiendo por qué sufre. Pero, ese dolor lo convertirá en una especie de pontífice.

José Luis Maciano repitió la ceremonia de siempre y Estanislao lo enfrentó:

-No soy capaz de eliminar a mortal alguno; soy inocente: ¡lo juro!.

-Entonces -investigó el magistrado-: ¿podrías explicar las razones de tu anterior y culposa confidencia?.

-Maté a uno de mis hijos y me atribuyen el crimen de mi padre. En representación del Estado, el fiscal me acusa de un delito inexistente.

-De acuerdo: te condeno a treinta años de encierro en la *Penitenciaría del Bosque...*

-Por su propia decisión, Ud. ha merecido un dictamen irrevocable -interrumpió Estanislao y señaló al juez.

Esta vez, los vigilantes apresaron al magistrado. Los asistentes ovacionaron la acción. Un vapor «extraterrestre» salía del piso. La secretaria extendió la determinación escrita sobre papel sellado, a doble espacio y redacción impecable.

-¡Soltadme, por favor! -exclamaba el infeliz individuo-! ¡¿Qué ocurre aquí?!

Monegal Lape firmó la resolución. Su rostro, hasta ese instante similar al de un imbécil, endureció. Adhirió sus medallas y estrellas de oro a su traje de gala y, ya en la calle, alguien le prodigó el saludo castrense y lo llamó «General». Un enjambre de soldados, del Batallón de «Cazadores», lo escoltó en dirección a un lujoso vehículo militar. Hacía calor y varias nubes anunciaban una fuerte lluvia.

«La Logia»

En la ciudad montañosa, la mañana sobrevino sin las comunes nubes negras. Raúl Logos cepillaba sus dientes en el único baño de su pequeño apartamento (recién construido, seco y cuyos ventanales le permitían una vasta visión de la urbe). Con fuerza y repetidas veces, alguien tocó el timbre (en el siglo XX, ingenioso y eléctrico modo de anunciarse). Oculto en una bata roja de lana, Logos corrió y vio -en la rendija inferior de la puerta- una carta. Transcribo su contenido:

«Por tus méritos, La Logia te ha seleccionado y permitirá tu incorporación. Entre muchos, has sido unánimemente escogido Tendrás que venir a la Calle 70, Edificio Revés, terraza, Apartamento Aries. Hoy, a las nueve horas»

Impávido, Logos sentó su *Ser Físico* en una vieja butaca (forjada en pardillo, 1920). Pensó que se trataba de una broma. Sin embargo, quiso confirmar su escepticismo: rápidamente, se duchó. Luego, se vistió para ir y llenó su billetera de *próceres impresos*.

En la *Calle 69*, al pie de una residencia en ruinas, una gata lo obligó a detenerse. La miró, la tomó y ella, dócilmente, escapó de sus manos. Lo guió hasta el *Edificio Revés*. Todavía no se oían los ruidos automotores que, sin punidad, escandalizan los amaneceres en las metrópolis.

La gata se introdujo al ascensor y, tras ella, también Raúl. Para lamerle el rostro, la felina trepó su pierna derecha y se posó en su hombro. Logos estaba admirado por el animal y enfadado por la lentitud con la cual se desplazaba el *claustromóvil*.

Al fin, el elevador llegó al pasillo del *Apartamento Aries*. Raúl activó el anunciador y salió una mujer:

-¿Eres Raúl Logos? -inquirió.

-Sí *soy* -contento, dijo él-. Vine porque recibí una carta.

-Te esperábamos. Entra...

Logos aravesó el umbral y fue presa del estupor: sin mobiliario, el recinto era semejante a una meseta bordeada por montañas y aisladas cabañas. Creyó alucinaba. Pero, al verlo extático, la fémina lo emplazó.

-¿Qué te sucede?

Raúl ejecutó varios pasos hacia adelante. Frente a él, un tipo mutilaba a otro con un machete de oro.

-Eres quien tiene que darme una explicación -asustado, emplazó a la anfitriona-: ¿qué sucede aquí?

-No exasperes. Pronto, «El Maestro» te esclarecerá algunos asuntos. Mi nombre es Arcila, su esposa, y estoy aquí para servir.

-En *La Logia*, el placer no tiene quien lo conjure ni tampoco límites -autoritario, interrumpió «El Maestro»-. Somos (sus miembros) desalmados por volición. No captas escenas de un crimen: el verdugo sólo da forma al milenar arte de mutilar personas y animales irracionales. El recrea nuestros ojos y comparte la felicidad que le produce asesinar sin la piedad de los idiotas, los prelados y la de los alienados con ideas altruistas.

Un poco más allá, a diez metros de distancia, ahorcado, un individuo pendía de la rama más gruesa de una acacia. «El Maestro» era muy joven (20 años) y apacible. Dio instrucciones a su edecán (un chico de once). Desnudas, varias

adolescentes bebían vino y departían sentadas encima de las rocas y césped de imitación. Hermosas, vivaces, lo miraban y reían. Igual, los varones deambulaban sin ropas. Intrigado y cauteloso, Raúl se aferró al picaporte: abrió y, sin despedirse, huyó.

Afuera, los transeúntes lo esquivaban. Raúl Logos no comprendía la razón por la que inspiraba pánico. Se apresuró, pero, a una cuadra del boulevard de la *Plaza Principal*, fue interceptado por patrulleros. Ante un grupo de curiosos, le arrebataron el machete de oro y la gata que, moribunda, aún maullaba: no tenía patas, sangraba y parecía suplicar su salvación. A Logos, uno de los gendarmes le cubrió su desnudo cuerpo con una lona (la extrajo de la maletera del vehículo oficial). Como no pudo defenderse contra la evidencia, fue recluido en el *Sanatorio Experimental Abierto*: una meseta bordeada por montañas y aisladas cabañas habitadas por enfermeros que eran -además- guardianes y capitaneado por un hombre al cual llamaban «El Maestro».

«Extraviado»

Para hallar rápido a su hijo perdido, un amigo le sugirió ofrecer una tentadora recompensa mediante sucesivos anuncios de prensa. Puncio aceptó la idea. Fue hasta la sede de *El Diario* y pagó por la difusión del siguiente remitido:

«Ofrezco docemil próceres impresos a la persona que me de información sobre el paradero de Antonio. Su estatura es de un metro veinte centímetros, de ojos verdes, cabellos encrespados (del color de las castañas) y piel blanca. Tiene dos años de edad y habla, indistintamente, Castellano e Inglés. Mi teléfono es: A 69»

Al día siguiente, millares de zopencos repartieron casi dos millones de ejemplares a igual número de suscriptores. En un

apartamento cualquiera, Carlos Luis Fisgón, un solitario administrador de *La Empresa C.A.*, leyó el comunicado y recordó que la noche anterior vio, en la planta baja del *Edificio Piscis*, escondido bajo las escaleras, a un niño con las características descritas. Levantó su *audifonovocal* y marcó el «A 69»

-Hola, hola, ¿quien llama? -investigó Puncio...

-Ud. no me conoce -respondió el otro-. Soy Carlos Luis Fisgón. Sé dónde está su hijo.

Departieron. Luego, rápidamente, Puncio abordó su automóvil. Corrió hacia la casa del informante que, en pocos minutos, rescató al pequeño y lo resguardó en su residencia. Le dio dulces y esperó.

Más tarde, llegó Puncio. El anfitrión se marchó a preparar café mientras él, sin dejar de mirar a su descendiente (que, a su vez, lo observaba) contaba docemil *próceres impresos* en oro. Fisgón volvió, le

extendió una tacita colmada del estimulante y recibió su recompensa.

Cuando retornaba junto a su hijo. Puncio desvió el vehículo que conducía en dirección a carreteras intransitadas. Presa de turbios presentimientos, el mocoso lo interrogó:

-¿Adónde me llevas? ¿Qué me harás?
¿Quién realmente eres, papá? ¿Qué soy para tí?

-Eres un esputo de pene que ha evolucionado en criatura humana - irascible, promulgó su padre-. Y yo el tipejo que consintió, cobardemente, engendrarte.

Antonio lloró. Puncio detuvo la máquina y, a empujones, sacó al niño del carro. Frente a ellos, un profundísimo abismo surcaba la meseta. Desde ahí, la ciudad parecía un hormiguero. El fuerte viento sacudía su traje, provocaba minúsculos remolinos y arrastraba piedras. Recio, el sol imponía el

imperio del fuego. De súbito, Puncio lanzó al chico y sólo se oyó un lamento infante.

Impávido, Puncio regresaba a la capital. A la entrada de la autopista, una improvisada alcabala paraba a los distintos viajeros. Los militares requisaban y exigían la documentación. Puncio activó la radio y escuchó la noticia del asalto al *Banco Fortuna*. Fumaba. Después, se acercó uno de los uniformados y le pidió credenciales. Mostró su licencia de conductor, papeles de propiedad, facturas de impuestos por tránsito y carnet de identidad. Luego, el *guardabienes* lo obligó a abrir la maleta del coche. Obedeció y, al hacerlo, el gendarme vio el cadáver de un niño: yacía sobre abundante y seca sangre. Los curiosos se agruparon en derredor. Entre ellos, inquisidor, un médico miró con desprecio a Puncio y le dijo:

-¿Cómo pudo asesinar a tan indefensa criatura?

-¡Linchémoslo! -pronunció, a gritos,
alguien.

-*Salvajemente, lo golpeó para reventarlo* -
murmuró otro espectador.

«Regresión»

Inicialmente verbal, el altercado culminó en una mutilación: Pascual, dominado por la ira, agarró una daga que, colocada encima de una mesa antigua, servía de adorno junto a sillas de montar caballos y alforjas. Quiso asestar un golpe contra su mujer y, en el último instante, desvió el impacto hacia la cuna de Diana. Ella, de apenas un año, saltaba y jugaba sin percatarse de cuanto ocurría. El arma cortó su mano izquierda y se clavó en una de las barandillas de la camita. La niña gritó y se desplomó. Desesperados, sus padres la recogieron y se apresuraron a llevarla al hospital.

La pequeña estuvo recluida durante quince días. Una infección fulminante la acercó a la tumba. Mejoraron las cosas y Diana volvió a su hogar. Presas de los remordimientos, María y Pascual aumentaron sus cuidados. A partir de lo cual emprenderían sus discusiones en un parque próximo a su residencia.

Once meses después, su madre falleció víctima de un «infarto miocárdico». Pascual se vio obligado a criar solo a Diana quien, cada cierto tiempo, sollozaba la ausencia de María.

Los años transcurrieron apacibles. Pascual olvidó el accidente de su hija y la muerte de su esposa. Diana empezaba sus primeros estudios. En la escuela, insistentemente, sus amiguitas le preguntaban cómo había perdido la mano. Por esa razón, mediante el empleo de una severidad impropia de su edad, ella inquiría a su nuevamente atormentado progenitor:

-Papá, dime: ¿qué sucedió a mi mano?.

Pascual se frotaba la cabeza con sus dedos: sudaba, tragaba saliva, caminaba de un sitio a otro y activaba el reproductor de música. Con su guitarra, Riera [Rubén] invadía todos los confines. Sin ambages, la jovencita formulaba la misma interrogante día tras día. Para postergar la confesión de

culpabilidad, el hombre optó por jurar que «le narraría la historia cuando ella madurara»

Diana creció y se convirtió en una colegiala triste, automarginada, enemiga de las diversiones y nunca reía. Sus compañeras de estudios se esforzaban por integrarla a sus fiestas y habituales excursiones por las montañas. Impávida, ella las escrutaba y se aislaba.

Preocupada por el comportamiento de Diana, una de las profesoras la llevó ante un psiquiatra. No consultó el asunto con Pascual, su representante. Igual, procuró mantener en reserva su interés en ayudar a la desdichada alumna.

Las primeras sesiones fueron lamentables. Diana no hablaba con el médico: entraba al consultorio y, sin expresar sentimiento alguno, observaba las fisuras más recónditas de las paredes. Luego de numerosas visitas, bajo hipnosis, la pubescente comenzó a revelar su pasado. La paciencia de Josué Carrión, admirador

de Mésmer, Freud y Jung, por fin dio resultado. La chica describió el incidente: *«Enfurecido, mi padre se dirige rumbo a una mesa antigua y toma la daga. Mamá lo insulta, lo acusa de reptil, lo escupe y la reyerta alcanza límites peligrosos. ¡Miserable -exclamaba-: sé que frecuentas a una meretriz! Pascual se lanzó contra ella y, en el último momento, cambió el curso de su golpe. Bruscamente, mi mano salió disparada por un ventanal hacia el traspatio»*

El Doctor Carrión sacudió a la paciente. La abrazó y acarició su abundante cabellera. Al oír los alaridos de la muchacha, una enfermera entró rápidamente al consultorio. Empero, Josué le ordenó que no interrumpiera.

-Cálmate, Diana -le susurró y besó la cabeza-. Superarás el conflicto. Te curaré...

Llamó por teléfono a la profesora que, de inmediato casi, se reunió con ambos. Diana dormía en el diván. Sin atenderlos, el especialista despachó a los demás enfermos. La docente indagó:

-¿Ya sabe que la martiriza?

Josué le contó la historia y le explicó que debían buscar al padre de la paciente. Abandonaron el consultorio y, en el automóvil de la profesora, marcharon en dirección a la casa de Pascual.

Al llegar, estupefactos, vieron cómo varios gendarmes sacaban un cuerpo envuelto en una sábana blanca. Periodistas roñosos y pesquisas civiles formaban un tumulto frente a la hermosa y reconstruida mansión colonial. A los detectives, pidieron les permitieran ver el cadáver:

-Es el padre de Diana -absorta, pronunció la docente.

Según advirtió Josuá, el rostro del viudo solitario fue cruelmente deformado a puñetazos. Los vecinos, «testigos oculares» del hecho, afirmaban «que algo impalpable, alguien invisible, lo castigó sin piedad hasta asesinarlo». Indiferente a los acontecimientos, sin todavía salir del vehículo, Diana fumaba un cigarrillo. Múltiples ranas, iguanas, arañas y mariposas ocupaban la residencia.

«Travestido»

Cada mañana, al despertar e inequívocamente, Arturo se aferraba a su *binóculo*. En el edificio frontal, a varios metros de distancia, alguien se vestía para salir. Era una persona alta, de pezones grandes y apetecibles, anchos sus hombros y su trasero análogo al de las antiguas esculturas romanas.

Una noche irrelevante, cuando retornaba de un cine, en una esquina tropezó con el ser que tanto escrutaba. Lo encubría una falda ajustadísima y abierta detrás. Bastante adherida a los senos, su estrecha chaqueta de piel dejaba perceptible una transparente blusa. En silencio, se miraron durante un minuto. Luego, Arturo le confesó:

-Desde mi apartamento, angustiado, siempre te observo: me masturbo y sufro [...]

Absorto, su interlocutor se acomodó la negra y crespa cabellera: dócilmente, se elevaba por la acción del viento. Ya libre del asombro, lo interrogó:

-¿Me has visto bien? ¿Sabes que soy un hombre?

Arturo asintió con la cabeza. Ningún transeúnte pasaba por el lugar. La *Luna* menguaba y caía granizo. Se captaba poco tránsito de vehículos y algunos *murciélagos* sobrevolaban el sitio.

-Acércate a mí -le rogó el *travestido*-. Necesito que me abracés.

Doblegado por la pasión reprimida, Arturo besó aquellos labios notablemente masculinos. Creyó saborear el zumo de una naranja, una fresa madura, una uva recién cosechada y no el hocico de un *lepidóptero*.

-Mi nombre es Luis -prosiguió, con ademanes en extremo afeminados-. ¿Quieres acompañarme a mi departamento?

Caminaron hacia el Bloque «Patrias». Callados, subían las escaleras. Con sorna, un inquilino los vio entrar tomados de las manos.

-No volverás a usar tu binóculo para verme -seductor, murmuró Luis-. Eres encantador y deseo convertirme en tu amante. Vivo solo y, por ello, frecuentemente me deprimó.

En el umbral de la habitación principal, sin lograr recuperar sus pensamientos, Arturo se puso nervioso. Mientras tanto, Luis se despojaba de las ropas. Desnudo, se tiró - boca abajo- sobre la cama.

Al darse cuenta de que Arturo se mantenía estupefacto, Luis le preguntó si temía a las relaciones «contranatura».

-«*Nunca he tenido aventuras homosexuales*» -tembloroso, admitió y se recostó al borde de la cama-. Con cautela, luego acarició las tersas nalgas del otro. Su corazón aceleró.

-Quítate el pantalón -le suplicó Luis.

Arturo permaneció inamovible. El *travestido* le desabotonó el *blue jean* y le agarró el *pene*. Con ansiedad, lo *chupó*. Sus gruesos labios *succionaban* y emitían ese gracioso ruido que, similar al de un cochino hambriento, producimos los animales «intelectualmente superiores» en *trance de goce*. Por instantes, dejaba de ejecutar la descrita acción y recorría con su lengua el trayecto entre los testículos y el glande. Presa de una excitación casi inhumana, Arturo lo mordía e introducía sus dedos por la velluda fisura que le separa los glúteos al *travestido*. El habitáculo continuaba iluminado. Apenas un óleo colgaba en la pared izquierda: el retrato de una blanca

yegua al galope sobre un césped *verdeamarillo*.

Sin levantarse, Luis extrajo de un gavetero un tubo de olorosa grasa. El recinto se perfumó de cacao. Se untó suficiente cantidad en el *ano*. Cuidadosamente, Arturo lo *falotró*. A voluntad, postergaba la *eyaculación*. Sólo se escuchaban jadeos entrecortados. Lo demás era fumoso, mudo, prescindible.

Abruptamente, armado de un objeto puntiagudo, un tipo irrumpió. Arturo volteó la cabeza y el desconocido se lanzó contra él. Inexpresivo, sucesivas veces lo apuñaleó. No tuvo tiempo para incorporarse ni repeler el ataque. Murió al momento de recibir el segundo de los treinta impactos. El ambiente enrareció. Luis giró su cuerpo y sacudió el cadáver de su frustrado concubino. Atemorizado, miró al agresor e imploró:

-No me hagas daño, por favor. ¿Por qué lo asesinaste? ¿Quién eres?

El intruso limpió su filoso utensilio con la cobija y, sin dar explicaciones, huyó. Luis cerró los párpados de Arturo: su miembro, aún erguido, se había transformado en un tronco similar a un trozo de roble podrido. Todavía expelía sémen.

Envolvió el cuerpo con varias sábanas y esperó la madrugada. Después, con precaución y mediante el *ascensor*, lo bajó al estacionamiento. Lo ocultó en la maletera de su automóvil y partió sin rumbo preciso. Torrencialmente, llovía. En la ruta que conduce a la zona de *Alto Bosque*, detuvo la *máquina de rodamiento*. Sacó el fiambre, lo roció con gasolina y le zumbó un fósforo encendido que produjo una leve explosión. A endemoniada velocidad, escapó.

Transcurrieron dos semanas. En los días ulteriores al incidente, los diarios no publicaron noticias relacionadas con el crimen. Pero, Luis se apartó del mundo exterior. Los recuerdos lo abrumaban. Contrató a una amiga como encargada de su peluquería y viajó a *Buenos Aires*.

Un par de semanas más tarde, regresó a *Venezuela*. Se duchaba y advirtió cierto bulto en su nuca. Se palpó la zona y experimentó dolor. Restó importancia al asunto, pero, al cabo de cuatro meses, el bulto había aumentado su volumen en forma alarmante. Decidió acudir al médico que, perturbado, le diagnosticó un *embarazo*.

-Ud. guarda un «feto» ahí -le aseguró.

-¿Qué hará, Doctor? -asustado, inquirió Luis.

-Tendré que ejecutar una cesárea...

Bajo promesa de confidencialidad absoluta, toda vez que cobró honorarios triples, el cirujano realizó la delicada *intervención quirúrgica*. Del cuello de Luis surgió una menuda réplica del fallecido Arturo: el *feto* fue extraído sin «signos vitales»: con el pene erguido, negro y de aspecto pútrido (cual roble enmohecido). Lógicamente, las

suturas y los vendajes culminaron el episodio.

Tres días posteriores, Luis abandonó la clínica. Ni siquiera se interesó por saber qué destino eligió el *obstetra* para el infortunado bebé. Superó sus traumas y retornó a la peluquería y a sus actividades sociales *elitescas*.

Una tarde invernal, en una fiesta que le ofreció un admirador, Luis se cruzó con el cirujano que la víspera lo operara. En tono de complicidad, lo emplazó:

-Doctor: ¿qué hizo con el feto?

-Levanté una alcantarilla y lo tiré - pronunció el médico-. ¿Está de acuerdo?

-Fue una idea perfecta.

A más de quinientos kilómetros de la ciudad capital, en una aldea habitada por *petencosteses* desilusionados, una mocosuela halló el diminuto y viajero *cadáver*. Lo llevó ante la comunidad y se

formó la algarabía. Los marañeros pobladores discutían respecto a su origen o no *Divino*. Una mezcla de pánico y fanatismo religioso colectivo cundió hasta los caseríos adyacentes. El alboroto atrajo la atención de turistas, periodistas y cineastas imbéciles que -sin los reparos dictados por el raciocinio- se peleaban los derechos de publicación o filmación del nacimiento de un nuevo mito *sanctasanctorum*.

EL siglo agoniza y la tradición se mantiene. En procesión, enjambres de creyentes desfilan tras las múltiples copias de la criaturita con falo erguido y fétido que, un atardecer, apareció en el *Río Trama*.

«Extirpación»

La chica de ojos grises, cabello mal teñido de amarillo, tez pálida y pulcramente vestida de blanco, irrumpió en mi habitáculo de hospital. Portaba un plato (acero inoxidable) en cuya superficie vi una *afeitadora desechable*, trozos de *algodón*, un frasco de *alcohol* y *espuma ablandadora de vellos*. Tras mi cabeza, había un ventanal que volvía perceptible un patio húmedo. Las perdices lo rondaban.

-Quítese la camisa -me ordenó-. *Tengo que rasurarlo antes de la operación...*

Un hombre viejo, que compartía el recinto conmigo, *tosió* (rumió). Convalecía de una amputación.

-De acuerdo -dije a la enfermera-. Será fácil.

Otra vez, el anciano emitió ruidos bucales. Volteé con sorna. Una de sus dieciocho hijas, la única allí presente, fue más implacable: lo miró con odio. Empero, ¿cómo podría -aquella joven- evitar sentir repudio hacia quien vivió para procrear y beber licor sin punidad?

Media hora más tarde, otra enfermera entró. Empujaba una silla rodante. Me sonrió y sugirió que me sentase en el vehículo.

-Fabuloso automóvil -exclamé y fijé mis ojos en los suyos-. ¿Adónde me llevarás?
-Al *quirófano* -parca, replicó.

En el corredor, varias personas me observaron vestido con esa camiseta ancha que los interventores eligieron para uniformar a sus pacientes. Penetramos al habitáculo donde Philips, trajeado de verde y con el rostro parcialmente cubierto con un *tapaboca* de tela, ordenaba los utensilios de uso común en las operaciones: *bisturí*,

tijeras, pinzas, electrocoagulador, hilo de sutura, gasas, alcohol [...]

Me acosté encima de la estrecha camilla y vi la *multifocal* y móvil lámpara cuyo nombre en francés parece ser *scialytique*. Mi esposa, que fue autorizada para escrutar, aparcó a mi lado derecho. El Doctor Vicente Philips me inyectó la *anestesia local*. Luego de pocos minutos, tomó el bisturí y produjo una incisión oblícua, a la altura media de mi biceps izquierdo. Rápido, extirpó un *lipoma* de dos centímetros cúbicos. Yo temblaba de *frío* o *miedo*, no sé.

-Es *benigno* -diagnosticó, al tacto, el cirujano-. ¿Lo ves, Alberto? Lo guardaré en un recipiente. Tú decidirás si pagas una *biopsia* [...]

La enfermera asistente activaba el *electrocoagulador* y disparaba descargas en

la zona afectada. Philips, con un curioso *cortahilo y portaguas*, suturaba.

Cuando salí del *quirófano* y me regresaban a la habitación -acostado en la camilla rodante-, la chica tomó un pasillo diferente. Le reclamé y no me respondió. Indiferente a mis movimientos y palabras, silbaba una melodía en boga. Se detuvo frente a una puerta donde un letrero advertía lo siguiente: *Morgue. Prohibido el acceso a los visitantes.*

«Usurpación»

Nidia Montenegro vivió en la calle única de *Comarca Larga*, poblado de gente fatua e ignorante. Ahí, aparte de los fabulosos *bucares*, ninguna cosa merecía la atención de los *forasteros*. Según dictaban los rumores, los Montenegro fueron monos en los tiempos del *Imperio Baldío*. La *Historia*, ese registro morboso de sucesos reales y hasta *leyendas*, narra episodios de conquistas territoriales y contiendas. Bienformada, alta y de abundante cabellera, Nidia era la mujer más hermosa y admirada. Uno de los lugareños, Tomás Altuve, envidiaba el cuerpo y los vestidos de la Montenegro. Ante su enfermiza mirada, ella exageraba los movimientos de sus caderas y sacudía -con soberbia- su pelo. Una mezcla de frustración y amargura lo dominaba cuando la veía sonreír y coquetear a Luis Alcántar Matos: un joven universitario, de contextura fuerte, bruto y pependenciero. Igual, la chica exhibía sus encantos a otro

muchacho: Pedro Montesinos Navarro, inteligente y noble comerciante de sólo veintidos años.

Cada atardecer, Nidia caminaba en compañía de un gato *persa* color blanco. Casi del tamaño de un perro, el felino fungía de cacique entre el resto de los animales domésticos de *Comarca Larga*. En el decurso de uno de tales paseos, Luis Alcántar Matos forzó un encuentro con la encantadora morena. Abruptamente, la besó en la boca y Nidia, enfurecida, lo abofeteó. En defensa de la dama, Montesinos Navarro salió de su casa y se interpuso en la reyerta. En voz alta, la Montenegro -vindicada por el interventor- profirió insultos al atacante y agradecimientos al valiente empresario. Mientras sucedía lo narrado, Altuve lo escrutaba desde el balcón de su residencia de doble planta; ni siquiera necesitaba *binóculos*: en la acera frontal, Pedro y Luis discutían y se empujaban. Tomás se mordía los labios y sentía, por causa de la envidia, hirviente su sangre.

El incidente acabó por la intromisión de los *transeúntes* y la repentina obscuridad. Rumbo a un abasto cercano, la disputada dama corría con el gato en los brazos. Iracundos, los rivales recibieron las mofas de los *mocosos* y las *ancianas*.

Días más tarde, Altuve visitó a Alcántar Matos. La madre del estudiante le abrió y le dijo que éste no había llegado de la *Universidad de Los Hospicios*. Sin reparos, Tomás le expresó a la señora su urgencia de ver a su hijo *rufián*.

-¿Puedo aguardar aquí -interrogó-.

-Pasa y siéntate -invitó Doña Matos de Alcántar [...]

Minutos después, Luis irrumpió. Al ver a su vecino, mostró confusión. Empero, Altuve se puso de pie y le murmuró:

-*Te ayudaré a deshacerte de Montesinos Navarro.*

Su interlocutor buscó una botella de *Whisky*, lo agarró por un brazo y lo introdujo en la biblioteca. Con ansiedad y exaltación, bebieron una y muchas veces. Pese a que estaba *ebrio*, Tomás empleó su formidable poder de persuasión: exacerbó el odio de Alcántar Matos contra Montesinos Navarro. La conversación postuló los límites: entonces, el agitador abrió un estuche para guitarra y pronunció:

-Te traje este machete. Mañana, a las seis en punto de la tarde, retarás a ese imbécil [...]

Aturdida por el ruido de los borrachos, la madre de Luis echó al maleducado visitador: quien, presa de la perplejidad, se arrastró hasta su contigua vivienda. Agotado de tanto *licor* y *diálogo*, durmió profundamente.

A la mañana siguiente, Altuve se apareció en la cabaña de Pedro. El solitario

comerciante, sorprendido por su presencia, le ofreció café. Inicialmente, platicaron calmados. Poco a poco, la charla fue encendiéndose. Del mismo estuche de la víspera, Tomás sacó un reluciente *machete*. Sin circunsloquios, le propuso al enardecido galán la confrontación:

-«*Creyéndote un cobarde, el canalla ha declarado que te esperará esta tarde a las seis en punto. Infortunadamente, soy el árbitro [...]*»

Durante años, los habitantes de *Comarca Larga* ignoraron que Altuve y la Montenegro eran hermanos. Por circunstancias jamás reveladas, tuvieron distintos apellidos. Para él, obsesivo detallador de Nidia, no fue difícil imitarla. Se ocultó en un transparente y ajustado vestido, idéntico a uno azul que ella usaba los domingos. Se pintó los ojos y se colocó una peluca semejante al cabello de la

Montenegro. El reloj marcó las seis en punto.

Afuera, frente a frente, sin pestañear siquiera, Luis y Pedro se examinaban mutuamente. Emocionado, Tomás se acercó a los tensos rivales. En ese instante, experimentó la dicha de estar junto a dos hombres que combatirían por su amor. No muy lejos, a través de un ventanal, asombrada, la verdadera Nidia veía la escena.

No resultó el plan del usurpador de parar la pelea en el último momento. Al centro de una turba de *zopencos*, dos brazos blandían sus respectivos y filosos machetes. Cual proyectil humano, la Montenegro prorrumpió en la calle. *Dos medios cuerpos rodaban encima del pavimento caliente, la luz se volvió tenue y hubo silencio.*

«Impostor»

Una noche, cuando iba hacia un *multicinema*, escuché a un tipo hablar con un vagabundo sobre un famoso terrorista internacional apodado El Chacal. Flaco, de modales ambiguos, voz de charlatán y aspecto sórdido, el *indivisible* le anunciaba a su interlocutor «el futuro lanzamiento de El Chacal como aspirante presidencial en Venezuela»

-Este país -con bien pronunciado español, murmuraba el raro orador -es un *hospicio*.

Una finísima neblina enfriaba mis manos y nariz. Curioso cual gato, me detuve a un metro de distancia. El hombre, luego de mirarme con ojos torcidos, me interrogó:

-¿Sucede algo?

Lo evadí, me levanté del banquillo y quise proseguir. De repente, volteé y vi al *fullero* apuntarme con un arma. Su intimidatorio movimiento me paralizó. Mientras tanto, el harapiento le sugería que me pidiese un *cigarrillo*. Con paso de ebrio, el otro se acercó a mí. Comprendí mi equivocación: no portaba un *revólver*. Manipulaba una vacía botella de licor. Aliviado, le extendí mi cajetilla y ejecuté varias zancadas sin bitácora. Minutos más tarde, retomé mi destino.

Entré al *multicinema* y, en una de las antesalas, encontré un diario de la tarde. Leí un artículo respecto a los progresos científicos en el campo de la «cirugía plástica». En tono mordaz, el columnista aseguraba que pronto cualquier persona tendría la opción de cambiar su rostro por uno más hermoso:

-«*Por varios miles de dólares -enfaticaba-, quien desee lucir idéntico a Fulano Lindo será complacido*». Súbitamente, apagaron las luces y empezó el film.

Preso del hambre y el sueño, salí sin ver el final de la película. En la misma placita, nuevamente hallé a los borrachitos. Escéptico, esta vez el vagabundo oía la siguiente aseveración de su quijotesco amigo: «*Mira mis facciones, estúpido [...] ¿No ves que soy un ex-Presidente con probabilidades de reconquistar el Poder?*»

Respiré profundo. Extraje un cigarrillo de mi saco y lo encendí. Sin prisa, la neblina bajaba y humedecía la existencia. Los *murciélagos*, las *mariposas negras* y las *ranas* departían.

«Maleficio»

Mi imperceptibilidad está protegida por una tesis *sofista*: me cubre un manto tejido con lino que exhibe incrustaciones de miles de diminutos *rubíes*. Porque estoy oculto, nadie puede verme. Frente a mí, La Contraparte. Su traje es gris, su cintura delgadísima, sus caderas bien formadas y su cerebro *xifoides purpúreo*.

-Te veo -profirió La Contraparte-. *Cortaré tu perfil*. Mi tijera es inoxidable.

-No soy -dije-. *La norma del sofista declara que no captarás lo oculto*. Me cubre un manto.

La tijera cortó el papel donde mi rostro, fotográficamente tramado, pareció promovido (precipitado) al escándalo que implica cualquier acción publicitaria.

-Sí *eres* -insistió mi interlocutora y lamió sus labios-. Puedo doblarte, despedazarte. *Conjuro tu Ser Físico.*

-Ningún *maleficio* me afectará -replique-: *conjuras una idea de mí...*

Mi *dolor* es su *placer*. Mi *existencia* su *divertimiento*. Algo impalpable desgarró mi piel. El fuego me quema. *La Contraparte* se desplaza hacia La Vigilia (un río de cuarzo) y lleva en sus manos una vasija llena de cenizas.

Post-scriptum

Me sucede con frecuencia. No tolero el vocablo «que». Tal vez me vuelve irascible la profusión de su mal uso y no su índole. Lo hemos impunemente envilecido. Está vulgarizado entre profesores, periodistas, políticos y escritores en tránsito.

He intentado (en mis artículos y narraciones) depurar el lenguaje de tan maltratado pronombre y conjunción. El descrédito que prodigo, quizá exagerado, no tiene por causa el aburrimiento o la neurosis. Jamás me lastima el ocio y no soy psíquicamente fachudo (me place conjeturar bajo quietud) Mi antipatía es respuesta a la abominable praxis de locuciones donde el *que* no es fundamental.

Mis tormentos literarios no culminan con el fusilamiento de una palabra casi deplorable. Igual acumula años sin admitir ciertas exigencias construccionales clásicas y promuevo cuestionar el empleo tradicional de los artículos determinados. También, en

el curso de un relato o capítulo, evito la repetición de adverbios; además, procuro descartar gerundios y algunos sufijos (y terminativos) En tal sentido, en las alforjas de los académicos inflexibles y borricos, alguien hallará proyectiles interceptores de mi (im) postura. Exclamará enloquecí y me acusará de difundidor de una neo-sintaxis, forzador y pervertidor del ritmo habitual.

No lo negaré: mi obsesión llega al extremo de privarme del famoso pronombre y conjunción aun cuando, estéticamente, parece necesario. Ejemplo: «*Odra me sugirió /que/ preguntase a su hermana [...]*» (Tomado de mi noveleta *Facia*, p. 52. «Damocles Editores», Barquisimeto, Venezuela, 1984) Su omisión no cambia el sentido.

Trataré de superar mis prejuicios por cuanto perdería una contienda desigual. La *Lengua Castellana* es hermosísima, temporal o finita mi incomodidad. De cualquier modo, la evolución (no mutilación) del idioma es

irreductible. Y, los antojos de hacedor
efluvios de una rebeldía mitológica.

**(Alberto JIMÉNEZ URE.
Mérida, Venezuela, Agosto de 1985)**



Sumario

«Parto»

P. 05

«La Nada, el Escultor y la Ablución»

P. 09

«Cubo de Cristal»

P. 11

«Asesino»

P. 16

«Quirófano»

P. 19

«Maldiciones»

P. 25

«Llanto de caballos»

P. 31

«Testigo»

P. 35

«Horóscopos»

P. 39

«Pascal, el mendigo»

P. 45

«La invención criminal»

P. 47

«Tribunal»	P. 54
«La Logia»	P. 61
«Extraviado»	P. 66
«Regresión»	P. 71
«Travestido»	P. 77
«Extirpación»	P. 86
«Usurpación»	P. 90
«Impostor»	P. 96
«Maleficio»	P. 99
«Post-scriptum»	P. 101

